

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO

I.

EL EJERCITO.

---

La paz es la soñada dicha de la humanidad; á su tranquila sombra se desarrollaría exuberante el árbol de la civilización llegando con su copa al cielo.....

A pesar de las tempestades de la guerra, ese árbol ha crecido asombrosamente, y al sacudirlo los huracanes de las bélicas contiendas es de sentirse lo despojen de sus hojas, destrocen sus flores y á veces le arrebaten sus frutos no maduros aún. No lo dudamos, la paz sería la armonía, el adelanto, la felicidad del mundo; pero por más que esto se diga y se piense, la paz si algun día llega á reinar sobre la tierra, ese ansiado día está muy léjos de enseñar su esplendorosa aurora y debemos mirarlo como un dorado sueño que el anhelo por el bien forjó. ¿Quién ignora que desde los tiempos más remotos apenas percibidos entre las espesas sombras del pasado, la guerra ha sido la constante historia de los pueblos? Justa ó injusta, en todas partes y en todas las épocas se ha manifestado; ya soste-

niendo al despotismo ó defendiendo un derecho ultrajado; ya iniciando las nuevas ideas que para levantarse tienen que destruir las antiguas.

Ojalá los sueños se realizaran; mas ya que esto no sucede, es mostrarse inconsecuente á la razon el empeñarse en ver las cosas como se desean y no como son en sí; y es mas inconsecuente aún, obrar en el supuesto de que ellas marchan por la senda que quisiéramos y no por donde efectivamente lo realizan.

Con períodos de una paz relativa, la guerra es la historia de nuestro pasado, la guerra la historia del presente y la guerra será la del porvenir por mucho tiempo todavía; miéntras haya intereses encontrados entre los hombres y entre las naciones.

Por eso en toda la superficie de la tierra hay ejércitos más ó menos numerosos, y si alguna vez en Europa, por ser la parte del mundo más ilustrada, se creyeren innecesarios por un momento, hace unos pocos años, pretendiendo sin duda que el hombre en su adelanto habia llegado á la perfeccion, lastimosamente vinieron á demostrar lo contrario Francia y Prusia lanzándose á un combate gigantesco; sucediéndose despues el duelo terrible entre Rusia y Turquía,

cuyos miembros palpitantes brotan sangre aún. Y aquellos que en la más férvida exaltacion de su entusiasmo levantaban himnos á la paz, fueron vueltos en sí por el estruendo de millares de cañones que muy elocuentemente expresaban que la paz no puede ser duradera en el mundo, y que los ejércitos son necesarios para no sucumbir bajo el peso del más fuerte. ¡Desgraciada nacion que viva sin ejército! y desgraciada tambien la que no teniendo á su ejército á la altura que corresponde á tan interesante institucion, en vez de hallar en él un guardian de su independencia y garantías, solo mantenga un gérmen de inmoralidad y de desórden. Esa nacion si por otra no es vencida y humillada, se destruirá á sí misma con sus disturbios interiores. Y que no se nos conteste con decir que ningun país solo por ser más fuerte que otro tiene el derecho de abatirlo, porque si bien es cierto que no existe tal derecho, sí existen hechos que demuestran hasta la más completa evidencia que la fuerza se sobrepone á todo. No debiera ser así, pero desgraciadamente así es.

Para gozar pues de una paz relativa y tener á salvo el honor y la independencia de la nacion, la necesidad del ejército me parece in-

discutible, y la necesidad de ilustrarlo y atenderlo debidamente es consecuencia natural de la primera.

El ejército disciplinado es el defensor de los pueblos, es el firme cimiento donde debe descansar el edificio social, es el que garantiza el respeto á las leyes, es el que sostiene el derecho de la patria.

La mision del ejército es grandiosa. El soldado tiene que prescindir hasta de sus propios sentimientos ante lá voz de los sagrados deberes que se impone. El soldado, al arrancarse del hogar para vestir el uniforme, pertenece todo entero á la patria, y pido respeto para ese uniforme, porque el que lo viste no tiene derecho de exigir ni techo donde albergarse, ni lecho donde descansar cuando se trata del cumplimiento de una obligacion; con la intemperie sobre su frente y la tumba sobre su camino, marcha llevando en su corazon la ambicion sublime de la gloria: el génio militar es el génio del artista; del artista titánico que desplegando su espíritu sobre el inmenso abismo del sufrimiento en cuyo fondo está la muerte, se cierne sobre él con magestad y hace que los siglos lo contemplen en toda su grandeza dándoles alguna vez su nombre;

apoderándose de la admiracion de mil generaciones que pasan sobre la tierra recordándolo.

Mas de dos mil años hace que Leónidas murió peleando contra los numerosos ejércitos de Jerges, y al haberle éste ántes ofrecido un imperio por su traicion, le contestó indignado el héroe que preferia morir en defensa de su patria: Trescientos espartanos mandaba Leónidas y las legiones de Jerges eran tan numerosas, que al lanzar al aire sus dardos le hacian sombra á la luz del sol, por eso irritado el tirano al oir la negativa del jefe de aquel pequeño destacamento que le cerraba el desfiladero de las Termópilas, le envió orgulloso un imperativo y lacónico mensaje diciéndole: "entrégame las armas" y al calce de él puso el capitan espartano, como contestacion, estas palabras: "ven á tomarlas."

Se sucedió el fragor del combate, y cortada al fin la retirada de los trescientos por las bandadas invasoras, propone Leónidas á los suyos lanzarse al frente sobre sus numerosos enemigos para sellar con la grandeza de la gloria su muerte por la patria, y arrollan y destruyen como un torrente abrasador de fuego en medio de aquella espantada muchedumbre; mas al fin todos sucumben, que no era su cuerpo inmortal cual su

grandeza. Los cadáveres de esos titanes de la guerra mutilados sobre el campamento, amedrentaban á sus enemigos que no se atrevían á pronunciar una palabra de victoria.

Aquel heroico sacrificio no fué estéril, que habiendo revelado á los griegos el secreto de la fuerza de sus virtudes militares, los llenó de noble entusiasmo, al cual debieron que sus contrarios, por mas que hubieran sido superiores en número, no pudieran dominarlos; habiéndose al fin retirado derrotados de la patria de los héroes.

Mas de veinte siglos han pasado, y de ese hecho glorioso aun se habla con admiracion y con respeto; siente el alma veneracion al recordarlo.

Lo decimos con conciencia: la mision del soldado es la sublime mision del sacrificio, es la carrera del honor y de la gloria.

Pero es preciso que todos los que se dedican á tan honrosa profesion sepan el noble papel que tienen que desempeñar sobre la tierra, y aunque son pocos mis alcances, contribuyo con mis esfuerzos al hablar á los señores Oficiales, con cuyo mando se me honra, procurando marcarles la ruta que deben seguir, citándoles ejemplos en que puedan inspirarse, al dirigirles mis *Conversaciones Militares*.

## II.

## MORALIDAD.

DESGRACIADAMENTE en nuestro país donde la revolucion intestina ha sentado sus reales atrofiando el corazon de la patria, el ejército no podia organizarse con perfeccion por más que el Gobierno se haya siempre esforzado para conseguirlo, y hemos llegado á ver en él personalidades indignas de merecer se les confiase el lustre y el honor de las armas; mas no debemos desmayar por esto, y mirémoslo como natural consecuencia de nuestras revoluciones. Cumplamos nosotros con hacernos dignos soldados de la nacion.

Ese mal estado en que se ha visto el ejército es la causa de que tal institucion no haya sido mirada por la sociedad con el aprecio y respeto que merece; pero el soldado que cumple sus deberes; el soldado que, respetando á la sociedad en que vive y de que es parte, se porta con de-

cencia, siempre se verá considerado por todos.

Mucho vale la estimacion de los demás, y el que la desprecia es porque en su abyeccion no se siente digno de merecerla, inspirándose en la ruin pasion del despecho.

El soldado inmoral que abusando de su posicion insulta á la sociedad con sus malas costumbres, viviendo en medio del escándalo, no es digno de llevar el uniforme militar; tiene muchos puntos de contacto con el bandolero que sin más derecho que la fuerza bruta, dá rienda suelta á sus instintos depravados.

Jóvenes oficiales que podian aspirar á ocupar un puesto distinguido en el ejército, siendo así útiles á su patria y dando realce al honor de sus familias, los hemos visto alguna vez que, olvidando sus principios, arrebatados por el vértigo del libertinaje, se lanzan á una vida de inmoralidad; prostituyendo infamemente sus cualidades militares, arrastrando el sable con aire de matones en lugares que deshonran, como si ese fuera el teatro de su valor; oficiales que al fin son arrojados del ejército por indignos de pertenecer á él, cuando que si hubieran seguido el camino del deber, se hallarian honrados y apreciados, con un porvenir brillante en perspectiva.

La buena conducta conquista el aprecio, la consideracion, y forma un lugar distinguido para el que la observa.

No faltan entre los militares quienes crean que su buena conducta solo consiste en cumplir sus obligaciones de cuartel ó campamento, y partiendo de ese principio, los vemos encenegarse en los vicios, como si nada se debieran á sí mismos, nada á sus compañeros de armas y superiores, y nada á la sociedad: ¡insensatos que se ahogan en el cieno donde viven, enturbiando y corrompiendo la limpia fuente de las nobles aspiraciones!

La prostitucion degrada, envilece; y es tan poderosa su maléfica influencia, que no solo en los hombres aisladamente se ven ejemplos de esta verdad, sino que las naciones más poderosas del mundo nos los han mostrado, cuando desatendiendo sus virtudes, hemos visto á sus guerreros y á sus gobernantes languidecer en medio de una vida crapulosa, asfixiando su espíritu en la atmósfera del lujo y los deleites. Asiria que brilló en el Asia por su poder, muchos años ántes de la era que contamos, murió en las noches de orgía de los Sardanápalos, con el virus envenador de su escandalosa inmoralidad; á la luz siniestra que levantara la hoguera donde su

tirano ardió rodeado de las prostitutas con quienes vivía.

Grecia, la cuna de la civilización universal, la patria de los héroes, la patria de los filósofos, de los escultores y de los poetas, hace siglos que era acusada por Demóstenes de enervarse en los placeres, olvidando su grandeza debida á sus antiguas virtudes; y Grecia años despues sucumbió víctima de esa lepra, llegando en su envilecimiento á adorar como dioses á sus propios enemigos. El águila romana ensañó sus garras en aquella nación carcomida ya por la gangrena de sus vicios.

Tocó á Roma su vez; y Roma fué tan poderosa, que el mundo retrocedió espantado ante la idea de marcar un hasta aquí á sus conquistas; pero lo que no pudo la fuerza armada de las naciones que dominó, pudo su corrupción misma, que aniquilando su grandeza, preparó su ruina llevada á cabo á mediados del siglo quinto por Alarico y el terrible Atila, rey de los Hunos, quienes en vez de hallar en los romanos á aquellos aguerridos soldados, asombro de la tierra, solo encontraron hombres degradados en el placer, afeminados por el lujo é incapaces de sentir en su alma las heróicas virtudes que tan grandes los hicieron en otro tiempo.

Cayó tambien en el abismo que abrió su propia corrupción el inmenso Imperio de Oriente, agonizando y destruyéndose en miserables contiendas interiores.

La prostitucion es la degradacion, es la muerte del espíritu, de los hombres y de las naciones; y el militar que debe fortalecer su alma, preparándola para los grandes hechos, es quien más tiene que huir de ese cáncer venenoso; sin que se crea que es bastante no tener vicios, pues además, es preciso poseer alguna cualidad. Colton, con un profundo conocimiento de las miserias humanas, expresa que *el vicio nos punza aun en los placeres, y que la virtud consuela hasta en las más grandes desgracias.*

### III.

#### ILUSTRACION.

---

El estudio es otra de las necesidades del soldado; el estudio eleva el espíritu y lo fortalece

Es muy comun que los militares que se han formado en la campaña, impugnen á los oficiales de gabinete, y viceversa; pero es preciso convenir en que unos y otros adolecen de grandes defectos. A un oficial lleno de teorías, de seguro le faltará expedicion en el terreno de los hechos; así como un práctico se limita siempre á lo muy poco que sabe, no pudiendo desarrollar todo su génio. Para ser buen soldado, tanto se necesita de la constante práctica como del estudio. La pura teoría bien poco vale sin la práctica, y generalmente extravía las cabezas débiles.

El militar solamente práctico, por más que alcance á aprender, siempre será bien poco lo

que le enseñe su sola experiencia. En los libros están consignados los conocimientos de todos los siglos; ellos son la fuente en donde se bebe el saber y la experiencia universales.

El militar ignorante constantemente está expuesto á sufrir el ridículo en que cae ante sus subordinados, y si queriendo huir de ese ridículo escoje para mandar á personas que no alcanzan á comprender su nulidad, se hallará rodeado de seres incapaces.

El jefe sin conocimientos, necesariamente tiene que ser confuso en sus órdenes, porque fluctuando su espíritu en la oscuridad, sin distinguir con precision lo que debe hacerse, vacila en determinarlos. Caminando á ciegas en sus asuntos, se estaciona donde debia avanzar, y se adelanta con velocidad cuando á su frente hay obstáculos con que se estrella. Ordena lo que no puede ejecutarse y descuida á veces aquello que precisamente debia hacerse. Alguna vez acierta, cuando su inteligencia es clara y su juicio sólido, más siempre camina lleno de vacilaciones.

El filósofo que se extravía en una doctrina; el comerciante que yerra un cálculo; el artista que no puede embellecer su obra, pierden poco, su fortuna ó su reputacion de hábiles; pero el solda-

do que se equivoca acaba con millares de vidas, compromete ó pierde la causa que defiende, destruye los elementos que se le confian; arruina á su patria.

El militar debe ser ilustrado; su ignorancia produce á una nacion males irreparables, y cada uno, por pequeña que sea su categoría, debe instruirse en la órbita de sus atribuciones, extendiéndose cuanto más pueda á fin de estar preparado á desempeñar mayores cargos que el ascenso impone.

La Francia guerrera, madre de los soldados invencibles, debe en mucho sus derrotas en la guerra de 1870 con Prusia, al abandono con que viera sus letras y á la ilustracion de sus enemigos ¿y quién puede decir que á los soldados franceses falta el espíritu militar? ¿quién puede decir que en esa guerra no se vieron rasgos sublimes de su valor?

El general Lewal, al tratar de la necesidad que tiene el ejército de ilustrarse, recuerda dolorosamente las desgracias de su patria en esa guerra, expresándose así: “Una voz elocuente decía hace poco en la tribuna de la Asamblea Nacional: *El orgullo nos ha perdido*, y esa voz tenia razon. La fatuidad condujo al



“ejército francés á la ignorancia, al desprecio de la ciencia. Convencido de su superioridad sobre sus rivales, desdeñó los medios preventivos que aseguran el triunfo, y la inmensidad de su derrota fué igual á la inmensidad de su presuncion. El castigo fué terrible...”

Jamás un soldado simplemente práctico ha llegado á figurar en gran escala, y es muy sabido que todos los grandes capitanes se han inspirado en los conocimientos de sus antepasados y en los ejemplos de la historia de la guerra.

Napoleon I maduró su génio en la lectura de los grandes hechos, él mismo recomienda en sus máximas, que el que quiera ser soldado ilustre, lea cuidadosamente las campañas de Alejandro, de Anibal, de César y otros famosos guerreros, cuyo saber les hizo alcanzar su merecida gloria, y que no hubieran pasado jamás de medianías si su vuelo hubiera sido detenido en la limitada y oscura zona de la ignorancia.

Que no se exija á un oficial una suma inmensa de conocimientos, pero sí es absolutamente indispensable que sepa lo que concierne á sus obligaciones. El ejército es una gran

máquina; cada una de sus armas, cada oficial, cada soldado, tiene en ella sus funciones precisas; y si el movimiento de alguna de sus partes se paraliza, el conjunto sufre retardo, cuando no grave perjuicio.

Nada bueno puede esperarse de un oficial que despues de una emergencia, se disculpa con expresar que no obró porque ignoraba lo que tenia que hacer, cuando esa ignorancia es precisamente lo que demuestra su culpabilidad. No en todas circunstancias se pueden recibir órdenes, y por eso es forzoso saber, cuando menos, lo que se debe ejecutar en las distintas funciones del servicio y en los diversos casos azarosos de la guerra; de lo contrario, el ignorante no solo será un estorbo en el mecanismo militar, sino que constantemente se verá lastimado en su dignidad por las reprensiones ó sarcasmos que merezca su ineptitud.

El oficial que sabe manejar la tropa que manda, tendrá siempre mejor éxito que el inepto, en un combate ó cualquier otro accidente; así como el soldado que conoce su fusil tendrá más valor que el que no sabe hacer uso de él.

La civilizacion adelanta por todas partes y en todos los ramos y la ciencia militar no de-

be estacionarse; debe ponerse á la altura del mundo civilizado, ocupando el puesto interesante que en él le corresponde. Por eso en Europa hay un movimiento científico-militar que cuando menos debemos seguir con anhelo si amamos á nuestra patria, á la cual tenemos obligacion de representar, si no con brillo, á lo menos sin desdoro; y en caso de una guerra internacional, de manera que nuestra ignorancia no sea la causa de su ruina.

Página muy triste sería la que nuestra falta de ilustracion dejara en los fastos de la historia, en caso de una guerra con el extranjero. Con cuanta amargura sabrian nuestros descendientes que el ejército mexicano, ignorante en la ciencia de la guerra, había sucumbido, arrastrando en su ruina las libertades de la patria, y que México había dejado de figurar en el catálogo de las naciones, pasando á ser una desgraciada colonia esclavizada.

Este vivo ejemplo de ayer, de que antes he hablado, es necesario no olvidarlo. El ejército francés, muy justamente era reputado como el primero de la tierra; su estandarte victorioso habia flotado en las primeras capitales del mundo, llevado por sus armas siempre triun-

fantes; mas su abandono de la ciencia y el saber de sus enemigos, lo hizo al fin caer del pedestal de su grandeza, destrozando en su caída los más caros intereses de su nacion. ¡Si Francia no fuera tan poderosa, veríamos en ella otra Polonia, desgarrada por las crueles razas del Norte!

Que la moralidad y el honor militar nutran pues nuestro corazon, pero que la ilustracion sea el brillante escudo con que se defienda.